

## CRONICA DEL COLEGIO

Con sugestión de palabra y en un calor de Valle, de gratitud y sinceridad, Armando Romero, muchacho de gran valía, a quien no ha querido comprender su amada tierra nativa, desenvolvía a mis ojos, en las horas con él pasadas, todo el caudal de grandeza, de historia, de tradiciones, de virtudes y de modelos que encierra para Colombia el hogar centerario de Fray Cristóbal. Fue poniendo a mi vista, con desborde de sentimiento, la vida de este Colegio, modesta y grave; sus antiguos alumnos, sus superiores, la pureza de sus blasones, la rica colección de sus pergaminos.

Un cuadro así pintado, con colores tan vivos y tan preciosos, creó en mi mente una concepción maravillosa entonada con tintas de efectos mágicos donde ardían los oros de mi cariño, se extendía el azul de mis ideales, reventaba mi admiración en una pincelada de rojo intenso.

Al llegar a los claustros de esta «alma mater», en una tarde angustiosa de febrero, en la que ponían pá-nico con sus vítores y sus palmas patrioterros manifestantes y en la que desgranaban su afán de culto las timbradas campanas de Santo Domingo y la Veracruz, al llegar a estos clustros podía decir yo que ya había vivido en ellos, que ya había sentido el calor de su abrigo, y que ellos ya me habían abierto el cofre de sus secretos. Mi espíritu venía envuelto en el aroma aristocrático del Rosario.

Con todo, no sé a qué sentimiento se debió aquello, mis primeras horas en el Colegio tuvieron un sabor de tristeza desesperante. Las lápidas que exornan sus corredores me hablaban, como ya lo conté, un idioma de cementerio y sus arcadas encerraban para mí un aspecto terrible y hosco. Las primeras, parecía que quisieran callarme la voz que ellas repiten a toda hora,

de amor, de nobleza y de premio al mérito, mientras las segundas, esas arcadas que a diario miro y que a pesar de mirar tan seguidamente no me fatigan, como que, en esa primera tarde de mi internado, se desnudaron de su elegancia, contuvieron el gesto de respeto y de reverencia que ellas mantienen, querían cerrar sus bocas por donde, como por puertas de triunfo, pasaran gloriosas generaciones.

Todo eso, expresado ya en otra forma en mi crónica del mes de mayo, no podía quedar sin repetición, ahora que labro la despedida de fin de año, además de que hacerlo me era preciso para introducir e hilvanar los párrafos del escrito que para esta fecha me tenía ideado.

Y los días, las semanas, los meses corrieron uno tras otro. Mi vida se fue amoldando a la vida de este Colegio. La satisfacción endulzó mi encierro y una luz de promesas y de esperanzas iluminó el camino de mi existencia.

Como muchos de mis amigos, a quienes tachan de locos y poco serios, quienes no comprenden que la vida sólo merece juego, desdén y burla, como ellos quemé —y quemaré en los años que vienen— Inclenso en el altar de la risa, de la alegría y del alborozo; apuré, una y cincuenta veces, la exquisita mistela del estudiante que encierra el aguardiente del fastidio, el agua de la holganza y la ociosidad, la morena canela del estudio y la aplicación, que es nuestra quinta esencia, y el azúcar del cine, de la novela, de los versos, de la falta de plata en la niquelera y de la fina atención de los compañeros, sin correspondencia noventa veces por ciento.

Mas, aún no había satisfecho un deseo mío que supongo nadie podrá tacharme de estafalario: ver el Colegio en calma, con estudiantes que lo recorran a toda hora pero en silencio y recogimiento, libre de textos,

de profesores y de regaños, ufano de una paz colonial, de esa paz que anegaba el alma del dominico, de esa paz que hacía dulces los años de los virreyes, de la misma que se llevó consigo a la tumba la clásica Santafé. Y su promesa obtúvela una mañana con un aviso de ejercicios espirituales clavado al pobre tablero donde se fijan las cartas, los telegramas, las notas de desafío entre futbolistas y las invitaciones para las pruebas de Fortunati.

Allí, una orden del señor Rector, copiada en selecta mecanografía y que llevaba, encerrada en airosa rúbrica, la elegante firma del Secretario, nos decía que en los días 5, 6 y 7 del mes de octubre cesarían las tareas estudiantiles y tendríamos los rosaristas un paréntesis de afanes para nuestra alma, de ocupación en las cosas santas, de grave meditación en Dios, el pecado, el infierno y la patria eterna.

Y al llegar ese tiempo invadió al claustro un solemne recogimiento de aquellos sólo alterados por el pensamiento de lo divino, de aquellos de casa antigua, llena de frescura, de olor a claveles y del susurrar quedado de una fontana, y cayó sobre el Mayor un silencio santo sin otra burla que el ruido de las pisadas y el volar de los moscardones que nada anuncian; un silencio de monasterio, místico y elocuente, en medio al cual llegaban hasta nosotros, molestos y extravagantes, los gritos de los choferes, los anuncios de lotería, de alcohol y de prensa, las voces de la ortofónica que, en el café vecino, pone a cantar sin descanso, a Pilar Arcos y al argentino Carlos Gardel.

El Mayor presentaba un aspecto nuevo, desconocido de gran parte de los alumnos, un aspecto del otro siglo, en el que los colegios, por el hechizo de su quietud, tenían brochazos poco simpáticos para ciertas juventudes del siglo XX que viven convencidas de que su misión sólo está en la alharaca, del otro siglo en el

que, pesa el decirlo, la mocedad daba mejor promesas, era de más efecto.

Y en ese ambiente, mudo y calmado, visiones de la otra vida ofrecían su encanto. Por las puertas de las aulas y del estudio asomaban cabezas que ya no existen, hábitos talares que ya no asustan. Monseñor Carrasquilla sonreía bondadosamente y aprobaba con su sonrisa de ilustre anciano, la obra de sus sucesores, la labor de sus compañeros. En ese ambiente salían del olvido personajes elogiados por los rosaristas que los conocieron y les trataron, notables personajes que tuvieron funciones en esta casa y que luégo, por las circunstancias, se les puso fuéra sobre el asfalto. Con el silencio, que es la fiesta para el recuerdo, para las cavilaciones y los ensueños, resucitaba, por obra de fantasía, «El General», aquel portero de hace siete, diez y veinticinco años, con sus bigotes de bandolero, su saco-leva heredado de los difuntos tatarabuelos y su exactitud para vigilar en los días de fiesta a los alumnos que purgaban en el Colegio sus fechorías; aparecía con esa facha bonachona que le hizo célebre, aquel anciano latinista, poeta y amigo del estudiante, apellidado «Fray Cristóbal» por los muchachos.

Y en tales juegos de imaginación y de remembranza, que es tan dulce disfrutar en un retroceso largo de tiempo, hice volar muchos ratos de los recreos en esos tres días rosagantes de beatitud.

El espíritu se templaba con el fervor. El Padre Eduardo Ospina, jesuíta ilustre como su Orden, celoso como verdadero Apóstol de Cristo, de aquilatada virtud, como buen hijo de San Ignacio y de aspecto endulzado por la modestia, nos dijo nuestros deberes en acento de grande afecto, en tono paternal de reconvención y de ánimo al mismo tiempo. A su voz respondía la del doctor Sánchez, que es hermosa, fluida y de ardiente vuelo. Uno y otro, con el ejemplo de su vida y el calor de sus amonestaciones, hicieron en nosotros los efectos

apetecidos; uno y otro, al impulso de su palabra, nos pusieron a los pies del confesonario donde, con el bálsamo del sacramento, se curaron las heridas de nuestras almas.

Para el Padre Ospina tenemos cálida frase de gratitud y al doctor Sánchez, el experto y benemérito Vicerrector de la Quinta Mutis, enviamos nuestro saludo de simpatía con un cheque valioso de «muchas gracias!»

Y el día de la Bordadita llegó en seguida. Era él un domingo, enojado de sol, de azul y de flores bellas; un domingo hinchado de bendiciones; un domingo eucarístico, lleno de paz y de amor de Dios.

Rebosaba de luces, de música y de lirios la capilla del Rosario, y por sobre un concurso de gente grande donde estaban los consiliarios, los profesores, los amigos y muchos de los antiguos alumnos de este Colegio; por sobre un mar de cabezas de rosaristas, la Virgen, desde su imagen, bordada por manos principescas y cuidadosas, paseaba sus miradas de ternura, de piedad y de complacencia.

Pasados los ejercicios y la fiesta patronal del Mayor, retornaron de su hospital de convalecencia remozadas y con más brío, la bulla, la algazara y la charla alegre; saltaron los libros la tapa de los pupitres, en un esfuerzo de desperezo, después de un sueño de ciento y pico de horas, y empezaron los pobrecitos a sufrir nuevamente de los muchachos el manoseo, los golpes, el voltear incesante e inconsiderado de sus páginas; los profesores conjugaron el verbo asistir a sus clases en el Rosario y nuestra vida recobró su normalidad. Con ella llegaron las noches de los repasos, esas noches preñadas de afán, de conciencia para el estudio, de ardiente resolución de resarcir el tiempo perdido en semestre y medio; esas noches entusiasmadas, en las que el temor de malas calificaciones en los exámenes, bo-

rran de la cabeza de los muchachos la necesidad de dormir y el afán de averiguar las horas cada quince minutos; esas noches inolvidables en las que, sin compasión por la blanda cama que allá en el dormitorio vacía se queda, revestidos, para evitar demoras en la acostada, de la pijama sobre la que, para pesar del frío y de la pulmonía, una bata de baño o un sobretodo sientan muy bien; armados de su termo, lleno de café caliente y retinto y dueños de aquellos textos que doscientas veces al año nos habían provocado el sueño, nos encerramos los rosaristas, horas seguidas, en el aula «Masústegui» para extraer del Algebra amargo contenido y vaciarlo en la cabeza donde quizás se tiene por él repugnancia; para arrancar a la Química y a la Física sus secretos imponderables y trasplantarlos del libro a la inteligencia; para correr siglos y siglos desde Teodosio hasta Bonaparte, y agarrar a su encuentro, sin fuga posible, a Guillermo el Conquistador, a Carlos el Calvo, a Felipe II y a los Estuardos; para pelear con don Andrés Bello que tantas cosas difíciles nos regala en su castellano; para aprendernos ciento cincuenta reglas que nos permitan un francés más o menos bueno; meternos en la memoria setenta y cinco lecciones del buen Themoin, cargadas de modismos, de giros y de palabras desconocidas; inyectarnos en la cabeza, en la lengua y en el oído, sonidos raros para el inglés, las prescripciones inalterables de construcción, los arrequives de signos y de pronombres y una montaña de verbos, de adjetivos y sustantivos. Todo ello en un silencio de media noche estropeado, de cuando en cuando, por los gritos de algún borracho, urgido de policía, o por la sirena de un automóvil que, enloquecido de gasolina y velocidad, pasa con un deseo irresistible de destrucción. Todo ello a la luz de la lumbré eléctrica que reza mal con la lóbreguez de los corredores, medrosos en sus tinieblas.

Y vendrán los días de los exámenes, los terribles momentos del estudiante, los miedosos ratos en que, frente a severos jurados, los profesores hacen sudar a sus discípulos petróleo mismo con su curiosidad y su impertinencia. Entonces quien mucho sepa verá llegar esa fecha como la propia de sus laureles; estará en ella serena y grave; no dará lugar a triste «rajada» y cantará la gloria de su Austerlitz, mientras quienes hayan perdido el tiempo y carezcan de preparación y de ciencia se presentarán a sus tribunales, llenos de susto, de fiebre y de temblesía; no harán gracia alguna ante sus jueces y saldrán de su interrogatorio cabizbajos y adoloridos. Tal es la ley de las relaciones que debo yo aplicar en esta ocasión.

Con el último suspiro de los exámenes, que dejará comentarios innumerables, tendrá lugar un solemne entierro cuyo desfile lo iniciarán los cinco con sus coronas; lo seguirán los cuatros y cuatro y medio, que son personas decentes en la ciudad de las calificaciones; acudirán los tres y los tres y medio que, aunque gente de barrio por carecer de dinero bastante para vivir en la Avenida de la República, conservan, sin embargo, su buen nombre y, de vez en cuando, son aceptados en sociedad. Y ante la tumba del tiempo lectivo, después de los responsos indispensables a quienes murieron de pereza, de inanición y de descuido,—terribles plagas que, año tras año, hacen estragos en los colegios,—brotarán discursos y apologías para los que quedan viviendo; felicitaciones a los dueños de los diplomas y abrazos a los que ostenten medallas en la solapa del uniforme.

Para finalizar esta crónica no tengo nada más de qué hablar que de las vacaciones.

Las vacaciones, que cruzan por la cabeza del estudiante como un inmenso campo de noventa leguas de largo donde poder ir a jugar al descanso; como un



campo vasto de horizontes, cargado de promesas, grávido de ilusiones y novedades; un campo cercado de risas y de alegría, iluminado con la luz de un límpido cielo en cuyo azul vagan dos ojos donde se amonedan el cariño y la dulcedumbre y en cuya bóveda titilan de fervor, como estrellas sagradas, la piedad paternal y la devoción por nuestros hermanos.

Y el muchacho, en una fiebre de fantasía, delira sin descansar.

Mira un camino, largo por las esperas, que conduce al campo de sus ensueños, camino herido por las ruedas de un automóvil que apenas anda y que lleva a la impaciencia como pasajero, camino bordeado de esperanzas, rodeado de sensaciones, empedrado de programas de juventud.

A su paso el estudiante va trazando el cuadro de sus deseos. Pinta una hacienda con dehesas, donde pace el ganado tranquilamente; con prados que guardan los caballos de los paseos; con ríos de pozos profundos, ideales para los baños y corrales donde cada mañana se hace el ordeño, entre el mugir alegre de los vacunos y el canto animador de la gente de brega. Y diseña ciudades, jaulas de dicha y de encantamiento, donde es dulce la vida en su trajín de danza, de cuerdas y de emociones; donde la sencillez de antaño tiene su fiel cultivo; donde la etiqueta se agosta para dar auge al vivir campechano; donde el villancico, el bambuco y la pandereta pespuntan una zarabanda de Nochebuena, con fiestas tradicionales, con pesebres, cohetes, triquitraques, misa de gallo.

Esto para el que debe marchar hacia la provincia y para el que queda en la capital, a pesar de esa vida que no se grita sino se lleva, como escribió don Jaime Barrera Parra, esa vida toda de cine, de café, de té y de tertulia que agarra con su atractivo y seduce por su misma frivolidad.

Y llegará la hora de la partida, la hora en que se vistan de realidad los anhelos del estudiante, los minutos en que se siente dentro del alma el verdadero cariño por el Colegio, el sincero pesar de dejarlo solo, de separarse de los amigos y compañeros.

Muchos de esos muchachos no volverán. Los unos, porque el comercio, la decepción del estudio o el terror de aumentar el proletariado de intelectuales les manda quedarse en casa, entregados a sus quehaceres o a su pasar levemente cómodo; los otros, porque ya han estudiado lo necesario para entrar a las aulas de Facultad a cursar Derecho, a abrazarse a la Ingeniería o a quebrarse la cabeza en la Medicina.

A los primeros no los envidio y no los critico, pues no sé si mañana tenga idéntico modo de ver las cosas, que no lo espero; a los segundos, con una despedida cordial y franca, los abrazo deseando para sus triunfos camino abierto. Esos amigos, cuál más, cuál menos, tienen derecho al éxito y a la gloria.

No todos los estudiantes harán su éxodo del Colegio en el mismo día ni en igual forma. Estos se irán un martes rápidamente por hidroavión; aquellos emprenderán salida el miércoles 15 y comprarán un tiquete de segunda en ferrocarril; unos, recorrerán, amablemente, en buque, el río Magdalena, mientras otros, los más, llegarán al terruño entre los gritos de un automóvil. Mas sea la marcha el 14 o el 17, por los aires o sobre agua, en un tren o arrastrado en un carro de la «Flota de Santafé», ello no importa para variar los detalles de última hora. Allí estarán, como siempre, ese bullicio de disimulo y esa desazón imprescindible que palpitan al momento de despedida en todo el que se siente ligado de corazón a aquello que va a dejar; allí serán las carreras, los afanes y sobresaltos consiguientes al temor de perder un tren; allí la triste marcha de los baúles a la estación y allí también el crujido y acezo de las

maletas que salen, quejumbrosas, agarradas fuertemente de las orejas por la mano del estudiante.

¡Las maletas! Esas creadoras de sugerencias; esas portadoras de sentimientos y de congojas; esas maletas que saben remedar el espíritu estudiantil tan donosamente. Sí, porque el estudiante es sin constancia, amigo de lo falaz y lo insubstancial, inquieto siempre y a toda hora dispuesto a poner en circulación noticias y comentarios, y las maletas viajan a todas partes, sin sitio estable quizás, se mantienen en permanente ejercicio, víctimas de los olvidos y curiosidades del dueño que las abre y las cierra sin compasión; las maletas gustan también de la propaganda y se dejan pegar, mansamente, etiquetas en los puertos, en los hoteles y en las pensiones, proporcionando al amo fáciles humos de hombre viajado, y, como objeto sin valor, cargan ellas consigo la amenaza de pérdida en cualquier tren.

En el orden de un interior de maleta, en la estética de su arreglo y en la combinación aparente de sus servicios se pinta el apaño del estudiante; en una maleta viajan los libros de lectura, los textos y los cuadernos de anotaciones como prueba palpable de la aplicación del muchacho; en las maletas, enrollados y envueltos en un periódico, duermen con sus sellos y sus firmas de autoridad, los diplomas que pondrán satisfacción en la familia del estudiante, despertarán esperanzas algo más grandes y, enmarcados curiosamente, decorarán con orgullo más de un sencillo salón; en las maletas se guarda el afecto por nuestros padres; allí, las cartas que, amontonadas y cogidas por una cinta, regresan al lugar de su procedencia, diciendo están, aún, nuestra emoción en el día de recibir las, nuestra sed de sorber sus párrafos y nuestro afán en darles respuesta; allí, el libro de última novedad que interesa al padre, el regalo escogido para la madre, la muñeca para la hermana y el cuaderno de cuentos para el hermano que apenas lee. Las maletas cargan también una nostalgia

viva, en el color empolvado de su vestido, en el deterioro vistoso de sus correas, en la cerradura venida a menos, cosas que, juntas, van dibujando correctamente, el alma del estudiante, conmovida, en medio a la dicha de la partida, por ver perderse para sus días la vida del internado que, si pesada y mortificante por carecer de la libertad, tienen, con todo, un sabor de hogar.

Las maletas son de diversas clases. Las pequeñas, las prácticas y precisas para estos días que corremos de crisis desesperante; las fáciles para viajar a la mano de su señor, vacías casi; las exentas de pago de flete, aquellas que a nadie molestan en un vagón de ferrocarril. Otras habrá más abultadas, más señoras, de más renombre. Llevarán esas mayor cantidad de cosas: libros, ropa, encomiendas, cartas que los amigos nos entregan para los suyos, en un diluvio de frases amables de cortesía. Las terceras, que son baúles en su tamaño y en su constitución, son las maletas de los más ricos, las de más sello de aristocracia en este Colegio. Ellas tienen, por su peso, necesidad de un sitio aparente, lejos del dueño; viajan con mil recomendaciones y, por lo bajo, solicitan un seguro. En ellas cabe todo lo imaginable y en divisiones y apartamentos parecen una ciudad. Mas, hay un género de maletas que merecen lugar postrero para hacerlas más importantes. Son las perfectas valijas del estudiante; las más simpáticas entre todas; las maletas que han servido a cinco generaciones y que, de tanto andar, están maltrechas, reventadas y sin color; las que asoman con simpatía por sus bocas y sus rendijas las camisas, las colchas y los zapatos; las que, en el Colegio, han avergonzado por su pobreza a quienes han recibido de ellas servicios; que han permanecido olvidadas bajo una cama y que han sido desenterradas al fin del año.

Un detalle tan sólo falta para que el rosarista pueda marcharse. Es el de los certificados, la hoja que dice

nuestros buenos o malos resultados en los exámenes, la que nos proporciona aplausos o regaños en nuestra casa, la que certifica que no hemos perdido el tiempo y nos ayuda a una más perfecta tranquilidad en las vacaciones. Habido ese documento cojamos nuestro sombrero, despedámonos de los Superiores, que han sido bondadosos y caballeros con nosotros, del portero, de la gente toda de servicio en este Mayor, y hasta el año entrante, si Dios lo quiere.

Antes de retirarme, y en mi carácter de neutral para los deportes, felicito sinceramente al doctor Rodríguez y a su equipo de basket-ball por el ruidoso triunfo obtenido para el juego del campeonato el domingo último. Con la constancia, con el arte y el entusiasmo en ellos notable no podía esperarse otro resultado. Los rosaristas somos deudores al señor Vicerrector de la vida deportiva en este Colegio.

Quiero también, ya para terminar, dejar una tarjeta de pésame al amigo Tulio Correa, a quien, en las vísperas de gozarlos, la muerte arrebató los abrazos de su buen padre. Que sea este un broche precioso con que cierre yo mi labor de cronista, cuyo honor agradezco al señor Rector que fue quien me lo ofreció. Todos mis escritos han pasado por sus ojos antes de su publicación; el visto bueno que él les ha dado es el único valor que yo les encuentro.

ALFREDO DELGADO P.

Octubre 9 de 1933.

